

LOS CARTEROS

Si un cargamento fuera cosa viva,
si la palabra escrita trascendiera
del papel que la seca y la defiende
de su luz conceptual,
si cada pliego lleno de expresiones
particulares, tristes, entusiastas,
pesara en oro fino lo que vale
cada impulso allí impreso. ¿Es que podría
cruzar con su costal indiferente
las calles y dejar en mano ajena
un hombre como tantos nuestra dicha
o esa fulminación inverosímil
que un rectángulo puede procurarnos
cual polvorín silente?
¿Podría soportar tanto albedrío
un hombre solo, un alguien indefenso
que no recela nada de la suerte
que va sembrando? No.

Y en cambio lleva
lo que todos esperan en su día
recordar o borrar tardamente,
una noticia escueta, una palabra,
algo que si leyera equivocado

nuestro vecino apenas rozaría
su humanidad un aire de extrañeza,
pero que para mí tiene un sentido
de inexorable.

Llegan como en vuelo
de una diversidad de lejanías
y van a dar cual leves voluntades
a ese usado bolsón que en bandolera
lleva sobre su espalda misteriosa
un intruso inocente.

Paso a paso
distribuye este hombre entretenido
las nuevas que banales o apremiosas
le han sido confiadas.

Pero un día
deposita ese sobre que contiene
con fiero laconismo el gran suceso
de una generación; alguien descifra,
una mujer velada y temblorosa:
Ariadna te amo.

Y es que Nietzsche
acaba de sumir su genio augusto
en la locura eterna.

JUAN GIL-ALBERT

(Del libro inédito: **El ocloso y las Profesiones**)